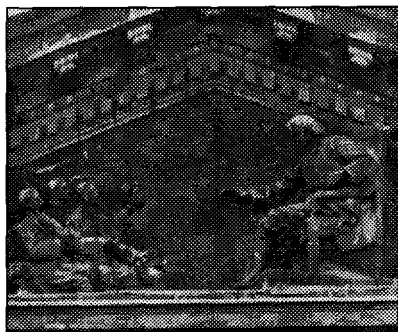


## VICO: LA PERMANENTE EDUCABILIDAD

*María José Rebollo Espinosa*



Bajo el marco de un patente historicismo pedagógico, el concepto de educación manejado por Vico se nos presenta en toda su multivocidad y riqueza. Los procesos educativos contribuyen a actualizar de manera permanente la educabilidad y la educatividad humanas y se muestran, desde la perspectiva viquiana, como integrales, perfeccionadores, ordenadores de pasiones e instintos, graduales, sociales e individuales a la vez.

Within the frame of a evidently pedagogical historicism, Vico's concept of education is displayed widely and in full richness. Educational processes are meant to shape human education and from a Viquian view are supposed to hold and control human drives and passions.

Desde la perspectiva viquiana, ser hombre implica necesariamente someterse a un proceso de educación y a la vez educar, es decir, ejercer ese proceso de influencia sobre otras personas, con lo cual queda suficientemente de manifiesto el lugar de honor que Vico concede a la educación en su teoría filosófica: siempre la cuestión pedagógica late bajo ropajes metafísicos, religiosos, jurídicos, históricos o filológicos. Pero el concepto viquiano de educación es multívoco. Se entiende como una actividad que humaniza y es así mismo específicamente humana, es aquello que nos hace más sabedores de nuestra pertenencia al género humano. Es simultáneamente un proceso, un fin y un medio de transformación que nos permite convertirnos en algo mejor de lo que en un principio (de nuestra vida individual o colectiva, o de la vida del mundo) éramos (seres débiles, caídos, corruptos, primitivos, simples, “bestiales”). Construye un puente entre la realidad y la idealidad, traza un camino, hacia modelos ideales de verdad, belleza y bien. Siempre debe ir dirigida a la totalidad de la persona, debe pues ser integral, facilitar el desenvolvimiento armónico de todas las facetas de nuestra personalidad. Actúa como ordenadora de nuestros más básicos instintos y pasiones, domesticándolos o, mejor, racionalizándolos, haciéndolos entrar en un cauce que nosotros mismos podamos controlar en provecho y enriquecimiento propios, en lugar de dejar que nos arrastren a su antojo. Es, por supuesto, algo distinto de la instrucción erudita, recopiladora de datos memorísticos sin vida e, igualmente, es algo distinto del forzado adoctrinamiento que no deja espacio para la personalización crítica y recreación de los contenidos. Contribuye a la formación del hombre como individuo, pero sin dejar atrás su fundamentalísima vertiente social, ya que la edu-

cación es el principal mecanismo de inserción en la cultura, con la que acaba fundiéndose de tal modo que la primera no es comprensible fuera de la segunda: la educación, como el hombre mismo, es socio-histórica y no puede escapar a las coordenadas espacio-temporales en las que tiene lugar, porque, sencillamente, es parte de ellas. Desglosemos punto a punto este riquísimo panorama de significaciones.

La educación es para Vico una de las tres piedras angulares de la civilización, una de las tres *actividades específicamente humanas*, una de las tres condiciones que nos hace verdaderamente hombres: creer en una regulación superior que dirige nuestras vidas, ejecutar rituales de enterramiento para con nuestros muertos y traspasar la cultura a las generaciones posteriores<sup>1</sup>. La necesidad de educación se hace, pues, patente desde el principio, supone una de las bases imprescindibles para que se pueda hablar de humanidad.

En este sentido se entiende la educación de una manera bastante similar a la que manejaban los griegos al expresarse con el término *paideia*. Bajo este término, polisémico, riquísimo en connotaciones, se recogían significados como el de cultura, formación, tradición<sup>2</sup>..., pero manteniendo siempre como substrato la idea de que iba referida al desarrollo total de aquellas características que justamente distinguen a la persona del animal, a aquello que nos hace seres humanos que sienten y piensan, a la serie de actividades que tienen lugar en el seno de un grupo social y permiten su conservación como tal, la persistencia de su cohesión, y su tendencia hacia estados de más elevación cultural, de mayor perfeccionamiento.

Implícita igualmente en el concepto de *paideia* encontramos otra idea capital en la forma que tiene Vico –y que persiste aún con fuerza– de entender la educación: la idea de *proceso*. Toda educación es construcción consciente, camino desde un punto hacia otro mejor, y es, a la vez, ayuda recurso o instrumento para andar ese camino. Como lo dice Perkinson: “Vico concibió la educación como el medio para la transformación del hombre desde lo que es a lo que puede ser”<sup>3</sup>. Aún hoy, la educación –que no deja de ser a la vez un producto de la civilización– continua siendo lo mejor que tenemos para civilizar. Las escuelas, instituciones educativas por excelencia, inventadas para que dentro de ellas o a su alrededor, tomándolas como ejes, se configuren los procesos educativos, son el medio “natural” para conducir a las personas hacia la humanidad: “la educación es ahora el medio natural por el cuál la humanidad continua en su historia ideal eterna su movimiento hacia el infinito”<sup>4</sup>.

Entraña entonces la educación un salto hacia la idealidad, un intento de ir poco a poco configurando modelos de comportamiento deseables. El espíritu humano en sí es proceso, es una realidad que se va haciendo, que se realiza progresivamente utilizando para ello todas las bazas en su mano: los sentimientos, la fantasía y la razón. La formación de la conciencia sigue una ley procesual y la educación sigue las mismas<sup>5</sup>: el hombre inicia la escalada hacia su propia humanidad sintiendo sin advertir, sin darse cuenta bien de lo que sucede; después advierte, aunque con el ánimo todavía perturbado y conmovido por la sorpresa ante la novedad de las impresiones que no acierta a emplear en su provecho; y finalmente logra reflexionar sobre lo que le acontece con mente pura, llega a ser capaz de integrar lógicamente sus pensamientos y sus acciones dirigiéndolas hacia finalidades<sup>6</sup>.

La educación puede ser vista así como el proceso de realización del hombre civilizado que, a través del lenguaje y de la imaginación fundamentalmente, edifica sus particulares estructuras lógicas, sus estrategias de adaptación al entorno, gracias a las cuáles irá creando su propio mundo al mismo tiempo que lo conoce. Inmersa en el decurso de esa construcción la educación aparece entendida como progreso espiritual, como *toma de conciencia de las*

*variadas motivaciones del vivir humano*<sup>7</sup>. Es el proceso educativo el que nos hace conscientes, el que nos lleva a cuestionarnos por las causas, el que nos va comprometiendo con la vida. Sólo partiendo de un proceso educativo el hombre participa de aquello de “divino” que hay en la historia; únicamente ese avanzar hacia estadios de educación cada vez más superiores le dará la oportunidad de avanzar también hacia nuevas formas de vida.

Interesa insistir en que no se trata exclusivamente de una actividad espiritual, o al menos habría que precisar que debe emplearse esa palabra en su más amplio sentido, es decir, en el sentido que incluye a la totalidad de la persona, porque, para Vico, la educación siempre es un *proceso integral*, un desarrollo equilibrado y armónico –de nuevo con claras resonancias griegas– de todas las facultades y potencialidades de la persona. La integridad se obtiene en la maduración del aspecto cognitivo y del emocional, a través de un proceso de crecimiento que puede ser identificado con la educación<sup>8</sup>. Constata nuestro autor que, por el contrario, si se produce un desequilibrio entre el desarrollo físico y el espiritual, la persona entra en una dinámica de “embrutecimiento”, o sea, en lugar de desenvolverse lo que en nosotros hay de más humano-divino, esa parte se acalla, y grita en cambio, venciendo, lo que así mismo persiste en nosotros de animal.

“La educación, en otras palabras –las de R. Fornaca– es un proceso de redimensionamiento por el que lo humano surge por íntima propulsión y con la ayuda del educador, por aquella red de impulsos que, si no es regulada y dirigida, puede retener o reconducir al estado salvaje al individuo”<sup>9</sup>.

A pesar de hablar siempre del diseño de una educación integral, Vico, en un pasaje de la *Scienza Nuova* (1744), analizando la explicación etimológica y filosófica de los términos latinos “*educere*” y “*educare*”, reconocidos los dos en todos los manuales de Pedagogía como fuentes del actual concepto de educación, precisa los diversos aspectos y finalidades que ésta puede asumir al tener en cuenta la naturaleza de la realidad sobre la cuál ejercite su acción. Así, escribe que, desde una perspectiva hermenéutica etimológico-histórica (“filológica”), la primera vertiente (*educere*) pertenece a la educación del alma, y la segunda (*educare*) a la del cuerpo<sup>10</sup>. La educación espiritual se refiere al acto de traer hacia afuera, o mejor, favorecer el desarrollo del alma y de la consciencia en el niño y en el hombre; la educación espiritual se resuelve en el proceso de reducción al aspecto humano de aquel ser que, por el predominio de los sentidos y de los instintos, había desarrollado de forma desproporcionada la propia corporeidad.

Esto nos da pie para apuntar otras notas definitorias que flotan en el tratamiento viquiano del concepto de educación, matizándolo: el hacer hincapié en que la educación sirve de freno a las pasiones que podrían desvirtuar al hombre y, estrechísimamente relacionado con esto, el considerar que el proceso educativo es el que consigue –platónica y aristotélicamente<sup>11</sup>– ordenar u organizar nuestros impulsos hasta darles la forma más adecuada, es decir, la que nos haga tender hacia la perfección, hacia el bien<sup>12</sup>.

En el último capítulo de la *Scienza Nuova* se hace explícita la idea de educación como humanización, como un modelamiento paulatino de la persona que la vaya separando de sus facultades más instintivas y primarias a la vez que le proporciona nuevos recursos más sofisticados de conducta, recursos más “secundarios”, más pensados, más elaborados, más específicamente humanos en definitiva. Ese progresivo distanciamiento de la “ferocidad”, esa evolución de la conciencia, se desencadena en primera instancia por miedo. Los hombres más primitivos, nuestros antepasados más lejanos, sentían, dice Vico, un temor supersticioso a los dioses fruto de su

extraordinaria fantasía. Tal temor, vívidamente presente para ellos, les causó una gran impresión educativa, de forma que, gracias a él, la ciega pasión, el instinto corporal y la sensualidad que casi podría decirse que resumían su “personalidad”, se vieron domados, sometidos; los bajos instintos fueron encadenados por la educación y, paralelamente, los hombres pudieron comenzar a usar su libertad que precisamente consiste en “refrenar los movimientos imprimidos a la mente por el cuerpo, para aquietarlos completamente, como es el caso del hombre sabio, o al menos para darles otra dirección y otros usos mejores, caso del hombre civil”<sup>13</sup>.

También en la segunda *Oración Inaugural* Vico sostiene esta misma idea de orden, de domesticación de las pasiones como paso hacia la humanización; o lo que es igual, remacha el concepto de que la instrucción, el saber, principio de la educación, es una fuente constante de elevación espiritual. Lo hace –con mucha ingeniosidad y no sin tintes moralístico-didácticos– contrastando la fuerza y virtud de ánimo del sabio, es decir, de quien ha logrado convertirse en patrón de sí mismo dominando sus pasiones, con la manifiesta debilidad del necio, o sea, de quien no ha sido capaz de autocontrolarse y aún se deja atormentar por lo más “vil” de su persona<sup>14</sup>.

En opinión de Perkinson<sup>15</sup>, según Vico el hombre va tras su propio provecho egoísta, pero haciéndolo, avanza hacia la *perfección*, hacia una verdad y una bondad cada vez mayores, porque tiene una disposición hacia la unidad o el orden: “La mente humana se complace por naturaleza con lo uniforme” –dice en el párrafo 204 de la *Scienza Nuova*<sup>16</sup>. Busca el hombre teorías reconfortantes que casen con las que ya tiene, y esquiva las contradicciones y paradojas porque rompen el equilibrio y las armonía de sus constructos mentales. Sin embargo, reconocer dichas contradicciones, inevitables en un pensamiento finito e imperfecto, y procurar eliminarlas es lo que le lleva a ampliar sus conocimientos y a mejorarlos, gracias a la reducción de sus grado de falsedad que le acerca a la verdad.

Y también tiende el hombre hacia el *bien* de manera, en parte, indirecta –nos dirá igualmente Perkinson<sup>17</sup>–, mandevilliana: su beneficio privado engendra bien social, su comportamiento mejora a partir de las consecuencias que de él afecten a los demás miembros del grupo<sup>18</sup>. Encontramos ya aquí reflejada la identificación que propone el autor entre educación y moral: “Vico ve la educación esencialmente como una actividad moral”<sup>19</sup>. El esfuerzo que se pide al niño para que encuentre la verdad por sí mismo, descubriéndola como un tesoro, reafirma sus capacidades, aumenta su autoestima y modela su carácter, haciendo que la educación intelectual y la educación moral se desarrollen armónicamente, dado que “el replegamiento interior resulta fecundo de resultados en el campo de la verdad y en el del bien”<sup>20</sup>.

La verdadera educación debe huir, pues, de la simple erudición, de la instrucción vacía y seca, para convertirse en la mejor ayuda para facilitar el *crecimiento moral* de los estudiantes. Razón y pasión deben actuar como contrapesos en la formación de la personalidad y al educar, el maestro debe fomentar una atmósfera ética dentro del aula. La sabiduría humana, la meta del proceso educativo, consiste en la traducción de la verdad en bien, del patrón intelectual o lógico en patrón de comportamiento o moralidad: “adquiriendo el conocimiento de las cosas divinas el hombre conduce las cosas humanas hacia el más alto bien”<sup>21</sup>. O, dicho al modo platónico: la esencia de la educación reside en una conversión, en el sentido originario y simbólico de esa palabra, en un volver o hacer girar toda el alma hacia la luz de la idea del bien, que es el origen de todo: “al contemplar y amar a Dios con pureza de ánimo, como eterna Verdad y eterno Bien, y a causa de ese eterno Bien, de Dios, llevar al género humano toda afección fraterna, se realizaba plenamente el concepto de la recta naturaleza humana” –sentencia en el *De Uno*<sup>22</sup>–; “la verdad coincide con lo bueno –diría antes en el capítulo VII del *De nostri*<sup>23</sup>–; “la verdadera

sabiduría debe enseñar el conocimiento de las cosas divinas para conducir las cosas humanas al sumo bien” –dirá literalmente en la *Scienza Nuova*<sup>24</sup>.

Unida a la idea de la búsqueda del bien como destino de la educación, Vico coloca, como lo hicieron ya los latinos –a los que específicamente se remite– y más clásicamente los griegos al conformar el ideal de la “*kalokagathía*”, la idea de *belleza* como esencial a la ciencia:

“del modo en que los latinos parecen decir, con sabio vocablo, *scientia*, de un mismo origen de donde procede *scitus*, que significa lo mismo que ‘hermoso’. Pues siendo la belleza la justa simetría de los miembros entre sí y de todos ellos en un conspicuo cuerpo, la ciencia no debe ser considerada otra cosa que la belleza de la mente humana”<sup>25</sup>.

Con ello vemos cómo de nuevo se subraya el matiz de totalidad, de armónico desenvolvimiento que ha de darse a la educación. El conjunto verdad-belleza-bondad funciona interrelacionadamente a guisa de *leit-motiv* del proceso educativo, partiendo de la base de que el hombre es, por un lado imperfecto, incompleto, y, por otro lado, convencidos a la vez de que es perfectible, educable:

“A tal perfección llegaría la incorrupta honestidad natural, porque el estado conforme a la naturaleza óptima se denomina, en cuanto al cuerpo, ‘honestidad’, ‘compostura’, ‘belleza del cuerpo’, y respecto al ánimo, ‘honestidad’, y ‘compostura del ánimo’, la cual es llamada por Platón belleza de la virtud, calificándola los estoicos de ‘estado conveniente a la naturaleza humana’”<sup>26</sup>.

Ambas premisas, la de la imperfección y la de la posibilidad de perfeccionamiento, permanecen durante toda la vida, es decir, el hombre puede mejorar continuamente, nada de lo que el hombre crea (conocimientos, conductas, instituciones) es nunca ni totalmente verdadero, ni absolutamente perfecto, ni perfectamente bello. Sin embargo el hombre sí que puede acercarse gradualmente a la verdad, a la belleza y a la bondad, y es precisamente en esa capacidad, en esa tendencia, donde radican sus posibilidades de educación. Se trata en definitiva de reconocer, como punto de partida de una educación que será PERMANENTE, la presencia en el hombre de dos de sus más connaturales y distintivas cualidades: la educabilidad (que le permite variar su comportamiento en función de nuevas influencias asimiladas) y la educatividad (que le permite, en correspondencia, influir sobre el desarrollo de otros hombres).

Otro legado de la “*paideia*”, en el que nos adentramos al acabar de mencionar la existencia de los demás en el proceso de formación humana, es el hecho de que para Vico la educación es una expresión del interés por la comunidad. Además de constituir, como venimos diciendo, el mecanismo más operativo para hacer crecer al individuo, tiene claramente una *finalidad social*. Mejor dicho, la finalidad social no es añadida a la individual, sino que simplemente se trata de seguir insistiendo en la necesidad de proporcionar una formación completa: el hombre es a la vez un ser único, distinto del resto de sus iguales en el grupo, y un ser social, partícipe de la comunidad, miembro integrante de la misma. Si el proceso educativo solamente desarrollara uno de estos dos aspectos indisolubles, volvería a caer en el vicio de la unilateralidad, de nuevo formaría personas desequilibradas, tan poco deseables como aquellas que hipotéticamente sólo se dedicaran al cultivo del cuerpo, por ejemplo, o que sólo se centrasen en la hipertrofia de su racionalidad. Como muy bien muestra Fornaca, haciéndose

eco de lo que el propio Vico comenta en una carta a Francesco Saverio Esteban, “competencia de la educación es insertar a los jóvenes en la sociedad, que está compuesta por hombres y no por líneas, números y especies algebraicas”<sup>27</sup>.

Queda claro, en esta línea, que tanto la *instrucción* como el *adoctrinamiento*, deben permanecer relegados a su puesto real dentro del proceso educativo genérico: ninguno de estos dos subprocesos son más que eso, subprocesos, o sea, pasos previos, fases iniciales o mecanismos didácticos a los que se recurre únicamente como bases que sirvan de estructuras sobre las cuáles construir posteriormente el edificio de la educación. Es decir, aunque sean imprescindibles en determinados momentos del proceso, ninguno de los dos aisladamente puede ser considerado verdaderamente educativo, y no debe jamás, por tanto, confundirse con ellos la educación que, por supuesto para Vico nunca aparece como su sinónimo. Es más, nuestro autor, como ya hemos anunciado y profundizaremos más adelante, se define en varias ocasiones contrario a la escuela predominante en su época (casi podríamos afirmar que todavía en la nuestra), a la que atribuye más importancia al contenido del saber, a las ciencias, a los programas o a la trasmisión dogmática y acrítica de creencias que a las necesidades afectivas o a los intereses de los niños según su edad.

Propugna, en cambio la formación de personas, incidiendo en que la educación sólo deviene eficaz y no pierde objetividad cuando los problemas que la informan se conciben como insertos en la realidad histórica que, lo queramos o no, condiciona la vida del individuo. El contenido de la educación, dado que ésta es un fenómeno social, que se desarrolla en un contexto y con unos fines sociales, debería estar, pues, *conectado a la realidad*, apegado a la vida, debería ser útil: optimizar los procesos educativos implica necesariamente enmarcarlos en unas coordenadas espacio-temporales. La cultura viva y original, no la abstracta e intelectualista, tiene para Vico —tal como esbozó en las *Oraciones* y posteriormente fue concretando en las obras siguientes— una función activa porque se nutre de lo real y nutre luego a la educación. Nunca es información simplista, sino constante reflexión sobre los valores humanos y sobre las circunstancias, por lo que representa una tensión hacia formas más coherentes de vida espiritual. Es sinónimo de sabiduría en cuanto que constituye una visión unitaria del devenir histórico de la humanidad y de los reflejos divinos que le son inherentes. Y es, además, objetivación precisa de la humanidad misma como consecuencia del elemento creativo que la informa. No se trata, entonces, simplemente de poner al individuo en contacto con la cultura o de servirse de ella como medio y estímulo de autoperfeccionamiento, ya que ésta debe ser vivida y transformarse en una concepción del mundo que sea el substrato educativo.

Existe, efectivamente, una íntima conexión entre educación y sociedad, entre perfeccionamiento humano y cultura. Hasta tal punto se reflejan correlativamente la una en la otra que a cada fase de evolución espiritual corresponde una específica afirmación de los valores culturales, mientras que a cada período de estancamiento o de involución espiritual lo acompaña una crisis más o menos acentuada de valores educativos. Cuando la educación mejora, lo hace también la sociedad y viceversa, aunque las experiencias de siglos a menudo parezcan hacernos dejar en entredicho el poder que la educación tiene para modificar la sociedad; antes al contrario, casi siempre las instituciones educativas funcionan a la zaga de las sociales y no fomentan más que en contadas ocasiones reformas sociales determinantes.

La noción de educación por la que Vico aboga —fundamentalmente en las seis *Oraciones* aunque se trasluzca a lo largo de toda su carrera— podría entenderse como la conjunción o *relación*

de intersección<sup>28</sup> de tres términos: “*sapientia*”, “*eloquentia*” y “*prudentia*”, considerados respectivamente como su contenido, forma y fondo. La educación se encamina orientada por la búsqueda de la verdad, de la sabiduría que ha de ser su norte; se cultiva sobre todo —como explicaremos— mediante métodos provenientes del arte de la retórica que, desde su más enriquecedora concepción de formación humanística, llevará al hombre a comunicarse lo mejor posible con el mundo, a expresarse elocuentemente; y, como ya más arriba insinuamos, está presidida por una intención moral, intenta que la conducta de la persona esté regida por la prudencia. Vico sintetiza en uno de sus discursos inaugurales esta conjunción que mencionamos así:

“En efecto, en estas tres muy preclaras cosas está contenida la sabiduría: saber con seguridad, obrar rectamente, hablar de forma adecuada; de modo que el hombre nunca se avergüence de haberse engañado, nunca sienta disgusto por haber obrado mal, nunca se arrepienta de no haber hablado adecuadamente”<sup>29</sup>.

A estas alturas conviene hacer un inciso aclaratorio en el discurso. Hasta ahora parece que nos hayamos referido exclusivamente a procesos de heteroeducación, aunque quizá en alguna ocasión se nos haya filtrado en el texto el prefijo “auto-” antepuesto a educación, formación, perfeccionamiento o palabras similares. Esto es así porque hay que destacar como una particularidad distintiva más del pensamiento pedagógico viquiano, el papel que le otorga a cada individuo en el desarrollo de su propia educación<sup>30</sup>. El *autoconocimiento* —sobre ello también hablaremos después— debe ser la herramienta utilizada con más maestría por la persona. Nadie se conoce mejor que uno mismo, nadie evalúa con más conocimiento de causa que uno sus propias limitaciones y, a la vez, sus intereses y necesidades de formación. Nadie es, pues mejor maestro de sí que cada cual. Vico lo ejemplificó estupendamente en su propio proceso educativo, que fue el de un autodidacta, el de alguien absolutamente obediente a la máxima del oráculo delfico *conócete a ti mismo*, y totalmente convencido de la efectividad de la mayéutica socrática: el autodidacta extrae del diálogo cotidiano consigo mismo los motivos para un más profundo conocimiento del propio yo y de la realidad que lo circunda. En la búsqueda de la verdad, el hombre más que aprenderla desde el exterior debe replegarse sobre sí mismo, sobre sus capacidades y fuerzas creadoras; se trata de llevar a la luz las verdades que están latentes en nuestro espíritu mediante un replegamiento que debe ser favorecido y estimulado por el educador. El napolitano expresa semejante convicción en la que nos parece con mucho su más preciosa *Oración inaugural*, a la par de ser la más olvidada, la que en el recuento numérico vendría a ser la octava, *Sobre la mente heroica*, cuando dice casi a modo de arenga o incitación al público estudiantil lo siguiente:

“[...] a donde quiera que miréis con los ojos de la mente, a donde quiera que volváis vuestro ingenio, escrutad vuestras ocultas y recónditas facultades, para que podáis reconocer vuestro genio ignoto, de una naturaleza tal vez más espléndida”<sup>31</sup>.

De la misma manera que hemos abierto un paréntesis para comentar la radical importancia que Vico le da a la autoeducación, creemos oportuno rematar la aproximación al concepto viquiano de educación con la referencia obligada a lo que se conoce habitualmente, desde la teoría educativa, con la denominación de HISTORICISMO PEDAGÓGICO. Seguramente es ésta la noción que más transcendencia ha tenido de la filosofía de Vico aplicada al terreno educativo, por lo menos es la expresión —junto a la de los *corsi y ricorsi*— que más frecuentemente viene

a la mente a quienes reconocen haber oído hablar alguna vez de este autor como pedagogo, quizá porque sea una de las pocas ideas suyas reflejadas en manuales de Historia de la Educación clásicos, como por ejemplo el de N. Abbagnano y A. Visalberghi<sup>32</sup>.

Se ha acuñado la susodicha expresión para referirse en síntesis a la posición pedagógica –connatural a su posición antropológica y filosófica<sup>33</sup>– que Vico ofrece como alternativa a la práctica educacional de su tiempo. Reaccionando ante el hechizo de las ideas cartesianas abstractas, Vico concibe la educación como un proceso histórico, a lo largo del cual y gracias sobre todo al lenguaje y la imaginación, el hombre va elaborando sus propias estructuras lógicas y, sobre ellas, su propio mundo<sup>34</sup>. Puede decirse que para nuestro autor la historia del hombre es la historia del mundo, ya que “sólo con el progresivo dominio de la razón sobre el sentimiento se cumple –psicológica e históricamente– también el progreso de la “humanidad”, de los valores y de los fines espirituales sobre la “animalidad” de las necesidades y de los instintos primitivos”<sup>35</sup>. Algunos intérpretes viquianos, como Calogero<sup>36</sup> por ejemplo, llegan más allá, considerando que esa concepción historicista equivale a una fusión dialéctica de ciencia y pedagogía de la historia, al entender ésta última como eterno desenvolvimiento de la vida humana, progresivamente ascendente, desde las formas más primitivas de vida a las manifestaciones más altas de la cultura. El ser y el devenir de la historia se identifican sustancialmente con el mismo proceso evolutivo del pensamiento y de la conciencia universal; hasta tal punto que no parece aventurada la afirmación de que, desde semejante perspectiva, la metafísica viquiana puede ser traducida a pedagogía de la historia o a historia de la educación humana.

Se dibuja, pues –intentando integrar dualismos entre el desarrollo de la historia y el de la naturaleza humana–, un acentuado paralelismo<sup>37</sup> entre el desarrollo educativo del hombre individual y el del hombre genérico, ya que ambos comparten valores comunes, sus biografías se parecen o, como muy gráficamente describe Argeri, el desenvolvimiento de la vida del *hombre en pequeño*<sup>38</sup> atraviesa necesariamente las mismas etapas que las del *hombre en grande*, es decir, el hombre histórico; aunque con una diferencia esencial: cuando el hombre en pequeño muere lo hace del todo, mientras que el hombre en grande sigue viviendo indefinidamente, en la eternidad recursiva de la historia. Las analogías son patentes: el espíritu construye la historia de la humanidad con un desarrollo universal correlativo al que se cumple individualmente. En Vico se realiza un coligamento entre la visión histórica y la visión educativa: la educación del individuo reproduce el proceso que crea la cultura colectiva humana. Empleando un vocabulario de corte biológico, diríase que la ontogénesis recapitula la filogénesis y al revés<sup>39</sup>, o sea, cada individuo en su propia historia personal ha recorrido el camino que ya ha tomado la historia y, por tanto, la mente del hombre contemporáneo continúa participando en la experiencia común del género humano.

El hombre histórico es entonces entendido también como un organismo vivo; el destino del hombre individual se le puede trasladar: pasa por el nacimiento, el crecimiento, la decadencia, la muerte y –según Vico– el renacimiento. Cada pueblo y cada persona recorre por sí el proceso de evolución “ideal” de la humanidad. También la historia de la educación de la humanidad está señalada por cursos y recursos, por felices retornos a lo verdadero y al bien y por tristes recaídas en el sentimiento con la consecuente prevalencia de la corporeidad sobre la mente. De esta forma Vico vuelve a aparecer como un precursor genial, ya que anticipa la interpretación cíclica (espiral, no circular) a la que después de tanto tiempo ha llegado el pensamiento histórico, es como si –conforme a lo que dice Peters– él no hubiese escrito su obra para sus contemporáneos, “sino para los siglos posteriores”<sup>40</sup>.



En ese “repetir la historia” por parte de los individuos, que es un “rehacer” original en cada caso, pueden identificarse distintas etapas de desarrollo evolutivo que, se corresponden con el cultivo prioritario de diversas facultades humanas, particularmente activas en cada uno de los momentos atravesados, y así mismo con el estudio de determinados contenidos de enseñanza. Vidari llega a describirlo como *todo un plan de educación*<sup>41</sup>, que abarca desde la infancia a la juventud, que desarrolla desde la fantasía a la razón, y que trabaja desde la poesía a la teología o al derecho. Sentimiento, fantasía y razón siguen el mismo curso de afirmación en la historia de la humanidad y en el desarrollo del individuo y corresponden escénicamente a las tres edades históricas de los dioses, de los héroes y de los hombres.

En la obra de Vico, especialmente en la *Scienza Nuova* encontramos bases literales para fundamentar esta conjunción entre la educación del individuo y la del hombre histórico, esta superposición de la educabilidad psíquica y la epocal, referidas sobre todo a la infancia<sup>42</sup>. Compara bellamente nuestro autor los primeros años de la vida de un niño con aquellos de los albores de la humanidad. Habla de “los primeros hombres como niños del género humano”<sup>43</sup>; dice, por ejemplo que “los hombres fueron por naturaleza sublimes poetas de la infancia del mundo”<sup>44</sup>; y sigue continuamente utilizando este recurso literario de identificación de los niños y los “*primi uomini*”, para explicar sus formas de pensamiento, sus mecanismos de interpretación del mundo o sus recursos de expresión<sup>45</sup>. El parangón se cimenta además sobre la constatación histórica y pedagógica de que la educación es siempre gradual y debe respetar el surgir y el afirmarse de las distintas formas y orientaciones del espíritu. De nuevo observamos que Vico piensa ontogenéticamente: no es sólo que la humanidad en su conjunto haya tenido semejante infancia, sino que todas las naciones deben recorrer desde la infancia una evolución, que es semejante en todas las naciones.

En cualquier espacio y en cualquier tiempo todo pueblo, como todo hombre, sin menoscabo de tener cada cual la propia historia de su lengua, costumbres y civilización, está sometido a la siempre unitaria y universal ley de la vida y de la educación: la del *fluir perenne* de la individualidad de hombres y naciones hacia su perfeccionamiento. La historia humana y el proceso educativo personal confluyen en el plano de la ley metafísica y pedagógica del indefinido y general desenvolvimiento del espíritu, en los dominios de la ciencia y la moralidad humanas. A lo largo de las tres edades –la del sentido, la de la fantasía y la del intelecto–, o a través de los tres momentos de la historia –teológico, poético y científico–, el hombre con minúscula y el Hombre con mayúsculas, extrayendo de su intimidad fuerzas, sensaciones e ideales, proceden grado a grado, a la formación de una arquitectura histórica y civil, cada vez más vasta y más digna de su constitución espiritual, siempre impelidos por el imperativo humano y divino de la ascensión perfecta: el proceso de humanización resulta de “límar asperezas y de dulcificar la fiera y la brutalidad de aquellos primeros gigantes hasta que llegan a actuar en sociedad”<sup>46</sup>. Tanto para el individuo como para la especie humana, la historia surge en la prehistoria y se dirige hacia la racionalidad, es decir, recorre una senda que va desde un producir espontáneo e inconsciente, no guiado por una explícita intencionalidad, hasta un producir a la luz de la conciencia, atendiendo a propósitos racionales claramente expresos. De igual manera, a través de los tiempos es posible deducir que los modelos o sistemas de educación han pasado por tres estadios marcados por un nivel progresivamente cada vez más elevado de intencionalidad: primero una educación espontánea, casi casual, sobrevenida simplemente por el contacto cotidiano de adultos y jóvenes inmaduros que aprendían por imitación fundamentalmente; después una educación objetivo-intencional, donde ya es patente el deseo de producir cambios

en las nuevas generaciones; y en tercer lugar, una educación intencional-sistemática, cuya principal característica diferenciadora es justamente el hecho de estar organizada racionalmente, planificada en todos sus elementos (objetivos, contenidos, métodos, materiales didácticos, formación de profesores, criterios de evaluación, etc.).

Las andanzas del hombre –léase, no se olvide, tanto con minúsculas como con mayúsculas– hacia sus metas perfectivas<sup>47</sup> desembocan, como introducíamos hace unas páginas, en la autoconsciencia y el autodomínio, en la autoeducación<sup>48</sup>. Aunque oscuramente expuesto todavía, detectamos en estas intuiciones viquianas el principio pedagógico que bastantes años después Rousseau, Pestalozzi, Fichte y Froebel materializarán en teoría y práctica de la educación, que sostiene que el proceso educativo del individuo y del género humano *es un proceso de construcción interior o de autoproducción del saber*<sup>49</sup>, que no hay verdadera educación que no implique elaboración esforzada del propio pensamiento, que no provenga de la actividad personal. La concepción del hacerse creativo (*farsi*) del espíritu en la historia, además de la del hombre en su vida educativa, prevista por Vico en la *Scienza Nuova*, constituye para algunos el culmen de su sistema pedagógico.

No se insistirá jamás lo suficiente en todos estos elementos de unión que Vico procura establecer entre la historia y la educación. Vale decir –con G. Calogero– que:

“la historia del hombre –en la ciencia y en el arte, en la moralidad y en la política– es también la historia de su educación, de una educación que se identifica con la vida y dura más allá de la vida, porque es transmisión perenne de la cultura y de la civilización: las cuales son siempre el rico y vario patrimonio del pasado, pero hacen también de enseñanza para las nuevas y más altas conquistas en los dominios de la verdad y del bien moral”<sup>50</sup>.

El desarrollo de la naturaleza humana sigue el patrón secuencial del desarrollo histórico, ocurre gracias a la situación histórica y social en la que los individuos actúan. El hombre para Vico, como dirá posteriormente Ortega y Gasset, no tiene naturaleza abstracta, sino historia concreta. De ese nexo derivó una nueva y mucho más fructífera manera de afrontar los problemas educativos, no en abstracto, ignorando o silenciando la realidad histórica que se tiene enfrente: educación e historia se adaptan recíprocamente porque son expresión directa de la humanidad; los valores que el hombre consigue realizar, gracias a la educación, son los mismos que informan el proceso histórico, y el contenido de tal proceso no es sino el resultado de la PERMANENTE EDUCABILIDAD humana.

## NOTAS

1. Literalmente, Vico lo dice así: “Ésta y no otra, es ciertamente la humanidad, la cual siempre y por todas partes rige sus prácticas sobre estos tres sentidos comunes al género humano: primero, que existe la providencia; segundo, que se engendran hijos con ciertas mujeres, con las que al menos haya principios comunes de una religión civil, para que los hijos sean educados por los padres y las madres, con un único espíritu, en conformidad con las leyes y con las religiones entre las cuales ellos han nacido; tercero, que se entierre a los muertos” (G. VICO: *Scienza Nuova*, 1725, en *Opere Filosofiche*, a cargo de P. Cristofolini. Firenze, Sansoni, 1971, pp. 172-173).

2. Cf. al respecto la opinión de D. Ph. Verene en su “Introducción” a *Giambattista Vico: On Humanistic Education (Six Inaugural Orations, 1699-1707)*. Según Verene, el de la *paideia* viquiana es uno de los temas principales de la primera *Oración Inaugural*, además del de la sabiduría y el autoconocimiento –entendidos como objetivo y medio para acercarse a ella–, y trasladada al lenguaje actual podría muy bien sintetizarse en la noción alemana de *Bildung*.

3. H.J. PERKINSON: “Giambattista Vico and *The Method of Studies in our Times*: A Criticism of Descartes’

Influence on Modern Education”, *History of Educational Quarterly*, Vol. II, nº 1, march, 1962, pp. 37-38.

4. H.J. PERKINSON: “Giambattista Vico: Philosopher of Education”, *Pedagogica Historica*, 14, 1974, p. 431.
5. Cf. A. SALSEDO: “Il pensiero pedagogico di Giambattista Vico”, *Educare*, XX, 1-2, 1969, p. 66.
6. Nos permitimos parafrasear el parágrafo 218 de la *Scienza Nuova* (1744) (Cf. en *Opere* de G. VICO, a cargo de A. Battistini. Milano, Mondadori, 1990, p. 515).
7. R. FORNACA: *Il pensiero educativo di Giambattista Vico*. Torino, G. Giappichelli, 1957, p. 11.
8. Cf. S. BARATTO: “Autorità e libertà in Giambattista Vico”, en *Rassegna di Pedagogia*, 1968, p. 51.
9. *Ibidem*, p. 130.
10. Cf. G. VICO: *Scienza Nuova* (1744) § 520, en *Opere*, a cargo de A. Battistini, cit., p. 655.
11. Recuérdese que en palabras de Platón, educar era dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son capaces; y en las de Aristóteles, la educación consistía en dirigir los sentimientos de placer y dolor hacia el orden ético.
12. Emblemáticamente, Kant y otros muchos después seguirán pensando lo mismo: que la educación tiene por fin el desarrollo en el hombre de toda la perfección que su naturaleza lleva consigo.
13. G. VICO: *Scienza Nuova*, § 340, en *Opere*, a.c. A. Battistini, cit., p. 547. Podríamos, pues, identificar tres momentos pedagógicos diferentes y progresivos: un primer momento en el cual tan sólo una feroz religión es capaz de domesticar a los hombres-bestias; un segundo momento, el del derecho, gracias al cual la comunidad alcanza a determinar unas reglas consensuadas de convivencia; y un tercer momento, el de la filosofía, cuando es posible ya reflexionar sobre las cosas manteniendo un alto grado de espiritualidad.
14. Véase la interesante descripción sobre esta cuestión hecha por A. Salsedo (*op. cit.*, p. 58).
15. Cf. H.J. PERKINSON: “Vico y los métodos de estudio de nuestra época”, en AA.VV.: *Vico y el pensamiento contemporáneo*. México, F.C.E., 1987, pp. 340-341.
16. Cf. G. VICO: *Scienza Nuova*, en *Opere*, a cargo de A. Battistini, cit., p. 512.
17. Cf. H.J. PERKINSON: “Vico y los métodos ...”, cit., pp. 341-344.
18. Esa es la tesis conocida -usando un término de W. Wundt- como “heterogénesis de los fines”. Véase al respecto, por ejemplo: M. GORETTI: “L’eterogenesi dei fini nel pensiero vichiano. Premesse per un confronto di idee”, en *Atti dell’Accademia di Scienze Morali e Politiche di Napoli*. LXXXVI, 1975, pp. 303-317, parcialmente reelaborado en “The Heterogenesis of Ends in Vico’s Thought: Premises for a Comparison of Ideas”, en *G. Vico Science of Humanity* (G. Tagliacozzo ed.), 1975, pp. 213-219; y J. M. SEVILLA: “La radicalidad de las ideas de providencia y de progreso en la historia”, en J. VILLALOBOS (ed.): *Radicalidad y episteme*. Sevilla, O.R.P., 1991, pp. 39-105.
19. R. CRAIG: “Vico: A neglected Educational Theorist”, *Vitae Scholasticae*, Vol. 2, nº 2, 1983, p. 516.
20. R. FORNACA: *op. cit.*, p. 149.
21. H.J. PERKINSON: “G.V.: Philosopher ...”, cit., p. 425.
22. G. VICO: *De Uno ...*, en *Opere Giuridiche*, a.c. de P. Cristofolini, cit., p. 146.
23. G. VICO: *De nostri temporis studiorum ratione*, en *Opere*, a.c. de A. Battistini, cit., p. 133.
24. G. VICO: *Scienza Nuova*, § 364, *Ibidem*, p. 561.
25. G. VICO: *De mente heroica*, *ibidem*, p. 389 [Trad. castellana del latín a cargo de F. Navarro en *Cuadernos sobre Vico*, nº 7-8, p. 467].
26. G. VICO: *De Uno ...*, en *Opere Giuridiche*, a. c. de P. Cristofolini, cit., p. 48.
27. R. FORNACA: *op. cit.*, p. 42.
28. Cf. D. Ph. VERENE: “Introducción” a G. VICO: *On Humanistic Education ...*, cit., p. 6.
29. G. VICO: “Oración inaugural VI”, en *Opere filosofiche*, a. c. de P. Cristofolini, cit., p. 774-775; trad. castellana del latín F. Navarro en *Cuadernos sobre Vico*, nº 5-6, 1995-1996, p. 441. Más tarde, en el *De Uno* verterá esas “preclaras cosas” con esta otra forma: “Y tales verdaderamente serían las condiciones de la sabiduría heroica: conocer con natural facilidad las verdades eternas, obrar con cada cual y en todas las cosas con suma y franca libertad, hablar siempre verazmente, y vivir, con sumo placer del ánimo, de modo conforme a la razón” (en *Opere Giuridiche*, a. c. de P. Cristofolini, cit., p. 48).
30. En el Prólogo -“Vico: soledad o imaginación”- a su edición de la *Ciencia Nueva*, J. M. BERMUDO hace hincapié en la importancia de la autoeducación, al decir que Vico: “romperá con el naturalismo e historizará la naturaleza humana, de modo que los productos de su acción dirigida a su interés, así como la acción misma, van modificando al propio hombre; las acciones realizadas para satisfacer sus necesidades y los medios e instituciones producidos para tal efecto, cambian el cuadro de necesidades; el hombre, al intentar sobrevivir, se va transformando a sí mismo. Más aún: el hombre se hace a sí mismo” (p. 27).
31. G. VICO: *De mente heroica*, en *Opere*, a. c. de A. Battistini, cit., p. 393 [trad. cast. de F. Navarro, cit., p. 468]

32. N. ABBAGNANO y A. VISALBERGHI: *Historia de la Pedagogía*. Madrid, F.C.E., (primera edición en castellano de 1957) le dedican las diez páginas del capítulo XIII de la tercera parte de su manual ("Del Renacimiento a Kant") titulado "El historicismo de Giambattista Vico", pp. 359-369, y es uno de los libros de texto que más se extienden en su tratamiento. Creemos interesante recordar que el primero de estos dos autores prologó también una de las ediciones de la *Scienza Nuova*.

33. Cf. al respecto J. M. SEVILLA: *Giambattista Vico: metafísica de la mente e historicismo antropológico*. Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1988, pp. 272-291.

34. Cf. M. GORETTI: "Vico's Pedagogic Thought and that Today", en AA.VV.: *Giambattista Vico. An International Symposium*. Baltimore, J. Hopkins Press, 1969, p.559. Y Cf. R. CRAIG: *op. cit.*, p. 516.

35. G. CALOGERO: *Aspetti e problemi della pedagogia vichiana*. Catania, Istituto Edit. Moderno, 1955, pp. 29-30.

36. Cf. también G. CALOGERO: "Lo storicismo vichiano como scienza dell' educazione", *I problemi della pedagogia*, XIV, 5-6, 1968, pp. 783 y ss.

37. Acerca de ese paralelismo véanse, por ejemplo, los trabajos de: A. ALBINI: *The Universal Humanity of Giambattista Vico*. New York, S.F. Vanni, 1958, pp. 35 y ss.; S. BARATTO: *op. cit.*, pp. 53-54; R. CRAIG: *op. cit.*, pp. 518 y ss.; J. ENGELL: "Leading Out Into the World: Vico's New Education", *New Vico Studies*, III, 1985, pp. 36 y ss.; G. FLORES D'ARCAIS: "La topica e la critica nella pedagogia di Giambattista Vico", *Studi Pedagogici*, pp. 87 y ss.; R. FORNACA: *op. cit.*, pp. 150 y ss.; G. TOTARO: *Le idee pedagogiche nella filosofia di Giambattista Vico*. Roma, Gnomes, 1981, pp. 107 y ss.; A. VERRI: "Giambattista Vico e la sua filosofia della cultura", en *Giambattista Vico nella cultura contemporanea*. Lecce, Milella, 1979, pp. 35 y ss.; J. VILLALOBOS: "El hacha niveladora: Donoso Cortés y Vico", en *Cuadernos sobre Vico.*, 1, 1991, pp. 62 y ss.

38. Las dos expresiones son utilizadas por G. Argeri en sus *Conferenze su Vico-Rousseau-Kant-Lombardo Radice e Riassunto dell' Emilio di Giangiacomo Rousseau*. Palermo, Scuola grafia Salesiana, 1977.

39. Sobre ontogénesis y filogénesis en este sentido, cf. entre otros: G. CALÒ: "Il pensiero pedagogico di Campanella e di Vico", en AA.VV.: *Atti del Convegno Internazionale sul tema: Campanella e Vico*, en *Archivio di Filosofia*, 1. Padova, C.E.D.A.M., 1969, pp. 35-54; y L. RUBINOFF: "Vico y la verificación de la interpretación histórica", en AA.VV.: *Vico y el pensamiento contemporáneo*. México, F.C.E., 1987, pp. 94-119.

40. R. PETERS: *La estructura de la historia universal en Juan Bautista Vico*. Madrid, Rev. de Occidente, 1930, p. 31.

41. G. VIDARI: "L'educazione cartesiane in Italia e le idee pedagogiche di Giambattista Vico", en *Atti della Reale Accademia delle Scienze di Torino*. Vol. LXI, 1926, p. 598.

42. Destaca Sheldon H. White cómo posteriormente retomarían estas ideas autores como Hegel o Spencer (Cf. Sh. H. WHITE, "La psicología desarrollista y la concepción Vico de la Historia Universal", en AA.VV.: *Vico y el pensamiento contemporáneo*, *op. cit.*, pp. 248-258).

43. G. VICO: *Scienza Nuova* (1744), Parágrafo 209, en *Opere*, a. c. de A. Battistini, cit., p. 513.

44. *Ibidem*, Parágrafo 187, p. 509.

45. No nos resistimos a añadir -aunque sea en Nota- algunos ejemplos más de esta comparación: "Los niños entienden sólo los particulares, de dónde los más ingeniosos se saben explicar por semejanzas. ¿Al igual, en la infancia del mundo, de repente aparecieron hombres que entendieron los estados, que son los universales de las formas comunes humanas?" (*Sinopsi del Diritto Universale*, en *Opere Giuridiche*, de P. Cristofolini, p. 7). (SN, § 209) "[...] los primeros hombres, como niños del género humano, no siendo capaces de formar géneros inteligibles de las cosas, tuvieron por necesidad natural que imitar caracteres poéticos, los cuales son géneros o universales fantásticos, para reducir a ellos, como si fueran modelos o retratos ideales, todas las especies particulares semejantes a cada uno de los géneros [...]". (SN, § 211) "En los niños la memoria es vigorosísima; de ahí que sea vívida hasta el exceso la fantasía, que no es otra cosa que la memoria dilatada o compuesta." (SN, § 212) "Este axioma es el principio de la evidencia de las imágenes poéticas que debió formar el mundo en su primera infancia [...]". (SN, § 215) "Los niños escrutan potentemente para imitar, por lo cual les observamos frecuentemente entretenerse en copiar aquello que son capaces de aprender." (SN, § 216) "Ese axioma muestra que la infancia del mundo fue la de las naciones poéticas, no siendo la poesía otra cosa sino imitación [...]". (*Scienza Nuova* (1744), en *Opere*, a. c. de A. Battistini, cit., pp. 513- 515).

46. M. NEGRE: *Poésis y verdad en G.B. Vico*. Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1986, p. 66.

47. Metas que no le son impuestas según un modelo racional, sino que le salen al paso, son un constante nacimiento.

48. Pero la autoeducación es, a su vez, la que permite al hombre descubrir metas.

49. G. VIDARI: *op. cit.*, p. 600.

50. G. CALOGERO: *op. cit.*, pp. 69-70.

\* \* \*

